

### Un milagro de resurrección

84



Tomàs Martínez Suñol

**Milán, 9 de octubre, 7 tarde.**  
**(Crónica telegráfica de nuestro corresponsal.)**

Don Lisander Manzoni sigue tranquilamente entre las iglesias en la recoleta Plaza de San Fedele, la mano izquierda –por donde queda la hostería de las colinas de Asti– apoyada en los botones traseros de la levita y señalando con la derecha el teatro que lleva su nombre. Que lo llevaba, pues si el viejo novelista sigue tan campante, otro tanto no puede decirse del Milán de sus amores, que ni existe ya el Teatro Manzoni ni las iglesias y los palacios son más que fachadas en equilibrio inestable, y para colmo a los pies mismos de la estatua de don Lisander se abre una sima donde se amontonan materiales de construcción. Son efectos de los tres bombardeos del verano del 44; bombardeos de terror que, respetando el suburbio y

las industrias, únicamente se proponían desmontar los barrios de habitación y el centro de la capital lombarda. Y lo lograron cumplidamente. Sobre cuarenta mil casas dieron en tierra con diecisiete mil bombas. Eran bombas incendiarias, lo cual significa que si poco podían contra los rascacielos de cemento armado, hallaban, en cambio, buena presa en los solemnes palacios, en las viejas casas de la menestralía y en las iglesias, en todo aquel complejo urbano entre renacentista y dieciochesco que daba a Milán sello y nobleza. Y hubo bombas para el Palacio Real y la Pinacoteca de Brera, para el Scala y la Galería, para la Plaza del Duomo y los famosos corsos y las puertas. Hubo bombas para todo lo que de Milán recuerda el forastero.

Quienes estuvieron aquí por aquellos días de hace dos años te hablarán de simas en mitad de la calle que hacían casi imposible entrar o salir de la ciudad, de cables colgando y rieles de tranvías arrancados de cuajo y puestos en pie como si fueran postes, de barrios inundados, mientras otros ardían sin esperanza de que los bomberos pudiesen venir a apagarles. Sencillamente apocalíptico. Mas lo bueno del caso es que hoy entras en Milán y al pronto casi ni te das cuenta de semejante catástrofe. Cantantes y hombres de negocios siguen discutiendo animadamente por los cuatro brazos de la Galería o sentados a los veladores del «Biffi» o del «Grande Italia». Los elegantes y el mujerío continúan paseando por el Corso Vittorio Emmanuele a la mágica luz de docenas de comercios de lujo, de escaparates donde se expone toda clase de artículos, cuanto pueda antojársele al más exigente o a la más caprichosa. Pero luego echas de ver la trampa. Primero tres agujas de la fachada del Duomo, más blancas que las demás, te denun-

cian el bombardeo y la reconstrucción. Y ves que la gente se acalora y va plantando pinos por la Galería, pero al aire libre, porque la cristalería en cruz del techo ha desaparecido; que todo un lado del elegante Corso Vittorio no es más que un rímero de fachadas calcinadas, por cuyos huecos se distinguen las estrellas y la luna: que allí no hay más que las tiendas, lujosas, inundadas de luz, recién hechas, sosteniendo como una espadaña esas fachadas tiznadas.

Este es el gran contraste de Milán: circulación impecable, gente bien trajada y calles magníficas hasta los seis metros de altura. De allá para arriba, esqueletos de palacios. Y aquí viene la segunda parte, el milagro de la reconstrucción. Una bomba se ha llevado medio palacio que estrechaba una calle. Vienen tos técnicos, echan el frontis en la nueva alineación y asunto concluido. Un rascacielos se ha venido al suelo y los vecinos –cada cual es propietario de su piso– deciden reconstruirlo. Los materiales de construcción están por las nubes y uno de los copropietarios –para el caso la princesa Pignatelli– no puede desembolsar su parte. Pues bien, como quiera que el solar se evalúa en cien millones, un vecino paga a la princesa trescientas mil liras por el cacho de aire que su piso ocupó en un tiempo y se edifica nuevamente el rascacielos.

Donde no hay dinero para reedificar se echa abajo lo que amenaza ruina y con el producto de la venta del material de derribo o con el crédito que abre el Banco se construye una planta baja para alquilarla a una tienda de lujo o un garaje. Un local así sólo de traspaso devenga más de medio millón y el inquilino ha de terminarlo por su cuenta. Con el traspaso y el alquiler se puede luego ir levantando el inmueble piso tras piso. Y no digamos cuando la casa es de una Sociedad fuerte o de una Cooperativa. Los grandes almacenes «La Rinascen-te», por ejemplo, están reducidos a una hilera de escaparates puestos con mucho gusto –la venta se efectúa en locales de fortuna–, mas por detrás ves que ya han subido un piso y que

asoman los ladrillos y las vigas del segundo. El famoso café restaurante «Biffi» en realidad no consiste más que en unos veladores formados en la galería y en una cuadra recién pintada al pie del colador de la antigua y maltrecha fachada, un salón sin pared de delante, sin algo que lo separe de los transeúntes; pero ves que ya están concluyendo un segundo salón, que andan edificando dependencias sobre las que pronto se asentará el primer piso y los sucesivos hasta rellenar la antigua finca.

Las destrucciones del 44 han puesto al descubierto los jardines ochocentistas que a seguido del atrio ocupan el centro de las anchurosas manzanas milanesas. Pero la fiebre edilicia, ese ir rellenando fachadas, ya va devolviendo a tales jardines su función recoleta y en un par de años quedarán otra vez ocultos a los ojos del viandante.

Porque todo Milán es una obra, por todas partes se alzan esos andamios móviles de tubo de hierro, por doquiera cantan las piquetas, se desbordan las canaleras de los derribos, chirrían las grúas, se pulen y encristalan las ventanas, crecen las casas. En cada rincón surgen exposiciones de proyectos arquitectónicos, en cada parque exposiciones permanentes de mobiliario y decoración, en cada exposición se arman rifas, se subastan terrenos y se ofrece la adquisición a plazos de viviendas que surgirán en las nuevas urbanizaciones. Porque los milaneses, amantes de la paz del hogar como nadie, no se resignan a vivir de cualquier manera y conviviendo dos o más familias en el mismo piso. Porque los milaneses, gente emprendedora y enamorada de su ciudad, no la quiere con ruinas y brechas. Y para dejarla como antes, mejor que antes, no esperan la firma de la paz ni la ayuda del Estado.

*Article aparegut a La Vanguardia Española el 10 d'octubre de 1946*